



Prescindiendo de eso, es justo reconocer la habilidad de Godoy en las negociaciones de esta paz. Con conocimiento del embajador francés, que era el hermano del mismo Napoleón, Luciano Bonaparte, se ajustaron separadamente los tratados con Portugal, aunque Francia y España habían procedido como aliadas á la guerra: uno de los artículos ponía la integridad de la monarquía portuguesa bajo la garantía de S. M. C.; y antes de que el primer cónsul pudiese negarle su asentimiento, se verificó la ratificación. La precaución no era inútil, porque Napoleón bramó de coraje al leer las capitulaciones, declarando que rompía el tratado y seguiría solo la guerra, si ya no es que la emprendía también con España. Desvanecido el primer ímpetu de cólera, no se negó á las negociaciones ni á admitir la mediación de S. M. C., viniendo á concluirse definitivamente la paz en Setiembre con las mismas cláusulas; una sola añadida como artículo secreto: la infeliz nación portuguesa debía pagar á la Francia su generosidad aportando veinticinco millones de francos.

Hasta entonces no se retiraron de España las tropas republicanas, pesadilla de Carlos IV, que abrigaba inquietos recelos sobre las miras de Napoleón, por más que éste buscara con afán los medios de inspirarle confianza. Cuando los infantes D. Luis y doña María Luisa pasaron por Francia á tomar posesión de su nuevo reino de Etruria, los llamó á París y les hizo un recibimiento, inesperado en una república, de fiestas y regocijos, que entretuvieron por algunos días la curiosidad de aquel pueblo novelero. Si el objeto del agasajador era ofrecer á Europa una prueba de la solidez de la república, que juega, por decirlo así, con unos príncipes de la dinastía destronada, ó graduar el estado de la opinión en favor de una reacción monárquica por el efecto que produjesen, ó hacer alarde de su personal superioridad y grandeza presentando á la Francia unos reyes á quienes había él regalado la corona, no fué entonces fácil decirlo á los que en tales conjeturas se entretuvieron. La obcecada corte de Madrid sólo vió en ello una señal de deferencia del primer cónsul, reconocida á su lealtad. A confirmarla en esta

concepto contribuyó al mismo tiempo la insinuación del embajador Luciano hecha á Godoy sobre el enlace de su hermano con la infanta española María Isabel, repudiando á su esposa Josefina.

Puede creerse en la sinceridad de esta proposición por cuanto Bonaparte buscaba entonces los medios de consolidar su poder. De decenal que era su magistratura, la había hecho vitalicia, y tendía naturalmente á hacerla hereditaria; mira que no podía llenar su matrimonio estéril con Josefina.

De este pensamiento nació sin duda la favorable disposición que el cónsul manifestó hácia la paz con su constante é implacable enemiga la Inglaterra, precisamente cuando había conseguido aislarla y la fortuna le sonreía en todas partes. El Reino-Unido apetecía también algún descanso: había visto formarse contra él en el Norte, creyéndole enemigo de la paz universal, una liga, que su habilidad solamente pudo deshacer; conveníale dejar tiempo á que la opinión europea acerca de la insaciable ambición de Bonaparte se generalizara, y por otra parte su orgullo estaba bastante satisfecho con haber alcanzado sobre su rival algunos triunfos navales y quitádole la isla de Elba y el Egipto. Por eso, tanto como por la oposición del rey Guillermo á la emancipación católica de Irlanda, se retiró Pitt del ministerio inglés para que otras manos menos sospechosas que las suyas firmasen la paz con la república.

Los preliminares se formaron el 1.º de Octubre en Londres, conviniendo en la reunión de un Congreso en Amiens para el ajuste definitivo de la paz general entre las potencias beligerantes. Por la Francia fué enviado José Bonaparte, hermano de Napoleón; por la Gran-Bretaña lord Cornwallis; por la república Bátava (Holanda) Mr. Schimmelpennig, y por España el caballero Azara, que había sido embajador en Roma, y disfrutaba merecida fama de talento, instrucción y patriotismo.

El resultado de sus conferencias, firmado en 27 de Marzo del año siguiente 1802, estableció así la paz universal: la Inglaterra prestó su reconocimiento á la república francesa y á cuantas ella había formado en Italia; restituyó el



Egipto á la Puerta Otomana y la isla de Malta á los caballeros de su orden; en cambio obtuvo la isla de Ceilan de los holandeses, y la Trinidad, que le cedió España por la devolución de Menorca y la adjudicación de Olivenza; la Francia, que por la cesión de la Luisiana disfrutaba ya la navegación del Mississipi, adquirió también la del de las Amazonas, además de la restitución de las colonias que había perdido, así en América como en el Indostán; sólo por evacuar el reino de Nápoles y los Estados romanos, se estipuló además en su favor el restablecimiento de las pesquerías de Terranova y el golfo de San Lorenzo en el mismo pie que antes de la guerra, y la abertura del cabo de Buena-Esperanza á las partes interesadas en el tratado. Napoleón se resistía á imponer á España el sacrificio de la Trinidad, y sólo se conformó cuando la corte de Madrid se prestó á él en obsequio de la paz general.

Esta, sin embargo, no quedaba asegurada sólidamente. Nada se decía en el tratado de los ducados de Parma y Plasencia, ni del Piamonte, ni de la isla de Elba, como que parece que la Francia y la Inglaterra se convinieron en guardar un profundo silencio, la una porque sus armas ó su influencia dominaban ya en ellos, la otra para tener un motivo de excusarse del cumplimiento del tratado acusando de ambición á su rival.

A pesar de esto, los pueblos, fatigados de guerra y sintiendo ya la necesidad del mútuo cambio de sus productos, recibieron con entusiasmo la noticia de la paz, ignorando que en la mente de sus gobiernos, de la Francia y la Inglaterra al ménos, el tratado de Amiens no era más que un descanso para reponer sus fuerzas, una tregua.

En buen hora llegaba á España la paz de Amiens, si su gobierno hubiera sabido aprovecharla; porque la guerra había sido motivo de que se aumentase el desorden de la administración interior. Para atender á las grandes obligaciones de una situación militar y llenar las necesidades de una corte que, sin brillo, sin fiestas y sin obras, consumía inmensos caudales, fué preciso apelar á los empréstitos: en el mes de Octubre de 1798 se abrió uno

de cuatrocientos millones de reales, y en Abril del año siguiente, no siendo posible en tan breve trascurso de tiempo negociar otro, se hicieron sucesivamente dos nuevas emisiones de valores por valor de mil noventa y ocho millones cien mil reales. Lo cuantioso y repentino de la emisión, y más que eso la imprudente orden que al mismo tiempo se expidió para hacer su admisión obligatoria, y por su valor inscrito, destruyeron su crédito, y por consiguiente rebajaron su precio, ocasionaron querellas y confusión en los contratos, y produjeron, por último, la ocultación del numerario, la desconfianza y la paralización en la industria y el comercio. Conocidos los males, se creyó hacer lo bastante con remitir el arreglo de la deuda al Consejo de Castilla. Pero los apuros se multiplicaban, y las necesidades eran mayores cada día, y hé aquí cómo los desórdenes de la Hacienda y los males de la guerra vinieron á iniciar en España, como en todas partes, la grande obra de las reformas y de la libertad. Sin reparar en el disgusto de las gentes devotas y del clero, se emprendió la venta de los bienes de obras pías.

Con todo, como la reforma no era una convicción, sino una necesidad, se procedía sin sistema y sin tino, de manera que las disposiciones adoptadas muchas veces con un laudable deseo, sólo servían para aumentar el descontento público. En Valencia, por ejemplo, produjeron tumultos y revueltas cuando se quiso nivelarla con el resto de España, sujetándola á levantar milicias provinciales que no tenía por una exención de sus fueros, la única que había respetado Felipe V. Cejando el ministro en su impremeditado empeño, sacrificó por sus propias manos su prestigio, que es en lo que consiste la verdadera fuerza de los gobiernos. Lo que acaba de demostrar cuán á ciegas caminaba en la vía de las reformas es que, mientras iniciaba la desamortización é intentaba ultimar la uniformidad nacional, dejaba sosegada á la inquisición y la mezclaba en asuntos de Estado.

Eso no obstante, el descanso de la paz, el impulso que recibió el comercio con la seguridad de las vías de América, y la llegada de



los tesoros de sus minas, detenidos hasta entonces y á la sazón en progreso, hicieron suceder en España algunos días halagüenos á la inseguridad puz de Amiens. Cádiz ofreció el espectáculo de una actividad comercial y una riqueza sin ejemplo; en todas las provincias se manifestaban indicios de la regeneración moral que empezaba á experimentar el país; y si la corte, en vez de ir á consumir livianamente los días en los sitios reales, huyendo del centro de la administración, se hubiese consagrado á aprovechar tan favorables síntomas, se habrían reparado fácilmente las anteriores faltas, y la nación se habría repuesto en poco tiempo de los quebrantos de la guerra.

No permaneció la corte completamente impasible al movimiento general, ni dejó de modificar su política exterior, según las tristes lecciones de la experiencia lo aconsejaban, como demuestra un hecho, consecuencia de la misma paz. Estando á la sazón sin gran maestre la orden de los caballeros de Malta, á quien esta isla debía ser devuelta, no se olvidó Napoleón de procurar que la elección recayese en una persona afectá á sus intereses, porque no renunciaba á sus expediciones sobre Egipto y al pensamiento de arrojar del Mediterráneo á la Inglaterra. Godoy, que pudo penetrar sus intenciones, aconsejó al rey la incorporación del maestrazgo de San Juan á la corona, como lo estaban los de los demás órdenes militares. Hízose antes de que Napoleón manifestase sus deseos á la corte de Madrid, la cual tuvo motivo para felicitarse cuando supo el enojo que la noticia le causara. No había pasado mucho tiempo, cuando, con el objeto quizá de sondear sus intenciones, se presentó el cónsul pidiendo seis mil hombres y la cooperación de la escuadra de Brest, que le había negado con firmeza su general Mazarredo, para someter la isla de Santo Domingo, sublevada contra la metrópoli. Excusóse España del auxilio de tropas por serle indispensables mientras no se consolidase la paz con Inglaterra, y sólo accedió á juntar á la expedición algunos buques con la mira particular de que sirviesen para relevar con tal ocasión nuestros cruceros de América.

No se limitaba á esto su variación de polí-

tica, pues llevando más adelante sus precauciones contra la ambición del cónsul, estrechó sus relaciones con los príncipes de su familia, establecidos en Nápoles y la Etruria, y las abrió con republicanos de diferentes partes de Italia, lisonjeando sus mal concebidas aspiraciones de independencia.

Hizo más todavía para fortalecer la casa de Borbon contra las pretensiones de Bonaparte, que aspiraba, como hemos dicho ya, á enlazar su poder con el de alguna soberanía secular. Para no verse en el compromiso de, ó tener que aceptar una alianza con el jefe de una república que había decapitado á un miembro de su familia, ó consentir en las consecuencias de un desaire, concertóse con mucho sigilo el casamiento de la infanta doña María Isabel, en quien aquél había puesto sus ojos, con el príncipe heredero de la corona de las Dos-Sicilias, el de la infanta de Nápoles doña María Antonia con el príncipe de Asturias D. Fernando, joven entonces de diez y siete años.

Napoleón no se manifestó de modo alguno ofendido, pues no podía tomarse en este sentido el cambio que hizo en seguida de su embajador en nuestra corte, sustituyendo á Saint Cyr con Beurnonville, militar que no abandonaba en el ejercicio de la diplomacia la resolución y ruda franqueza de su carrera, y que suplía la falta de ingenio para conseguir triunfos políticos con una conciencia nada escrupulosa en cuanto á los medios de negociar. Su misión especial parece que fué adquirir al cónsul la cooperación de Godoy en la corte de Madrid por la nueva guerra que preparaba ó presentía, ó bien conseguir á toda costa su ruina, conocida su omnipotente influencia sobre ella. Pero el válido no llevaba su veleidad política hasta una infame traición, y no sólo rechazó con dignidad las insinuaciones injuriosas que se le hicieron, sino que empleó los mayores esfuerzos para libertar á España de nuevos compromisos ocasionados por la alianza. ¡Desgraciadamente no pueden evitar las consecuencias de su error con tanta facilidad como abjurarlas, y España tuvo á su pesar que marchar arrastrada por la Francia, atada fuertemente con el tratado de San Ildefonso!



El nuevo embajador pidió primero en nombre del primer cónsul que Carlos IV mediase en calidad de pariente con los Borbones de Francia, errantes por Europa, para que hiciesen renuncia pública de sus derechos á la corona por la compensación que se estipularía. Carlos rechazó con altivez una propuesta que lastimaba los sentimientos de su corazón y su dignidad; mas no por eso moderó Napoleón sus exigencias.

Poco después tuvo el atrevimiento de pedir que los periódicos españoles, la *Gaceta* y el *Mercurio*, únicos que existían, no publicasen noticia alguna contraria á la Francia ni favorable á la Inglaterra, y sobre todo que acerca de las sesiones de la cámara de ésta y de los actos de su gobierno no insertasen nada que no fuese tomado de su diario oficial el *Monitor*. Pretendía que nadie hablase dentro de los dominios de su política sino en su alabanza, y que hasta los parientes de Luis XVI le ayudasen á escalar el trono de la Francia. Godoy rechazó también semejante humillación, diciendo que en la situación neutral que España debía ocupar, si negaba un lugar á los extractos de las noticias inglesas, era preciso negarlo á los franceses igualmente; y continuaron los periódicos publicando las de una y otra potencia sin comentarios y sin más novedad que la de poner al pie la procedencia de la noticia. Los españoles asistieron de esta manera en algún modo á los debates de las cámaras inglesas, en que se descubrían los manejos de Bonaparte contra la independencia de las naciones de Europa, empezando á prevenirse contra sus asechanzas la opinión pública, fascinada hasta entonces, como en todas partes, por el esplendor de sus victorias y la grandeza de su genio.

Estas exigencias declaraban el odio que volvían á profesarse la Francia y la Inglaterra, y anunciaban un rompimiento que tardó poco en estallar. A los pocos días de haber cesado las hostilidades, ya los periódicos de ambas naciones habían abierto una lucha de insultos y denuestos. Napoleón quiso ahogar la voz de los escritores ingleses, como lo había hecho con los franceses que no le eran adictos, y se irritó de ver que no podía alzar de la misma manera las

leyes de la Inglaterra, que protegen la libertad de imprenta.

O por venganza ó por sólo el impulso de su ambición, el primer cónsul decretó la incorporación á la Francia del Piamonte y la isla de Elba, que ocupaban sus tropas, y acerca de cuyos territorios tan extraño silencio se guardaba en el tratado de Amiens. Bastó eso para que la Inglaterra se creyese eximida de hacer la entrega de Malta, y hé aquí el origen de una nueva guerra á los dos años de haberse transigido la anterior.

Antes de que se declarase, pidió Napoleón á la corte de Madrid que interviniese para obligar á la Gran Bretaña al cumplimiento del artículo relativo á la devolución; petición ardua, que tenía por objeto comprometerlos en las consecuencias de la negativa. Respondiósele que el deber de España era mantenerse neutral, pues el tratado de San Ildefonso, á que apelaba el cónsul, no podía referirse sino á las empresas de comun utilidad á ambas naciones. Mas el artículo relativo al caso estaba ambiguamente redactado; y el rompimiento de la guerra en 1803 produjo una serie de contestaciones y réplicas, que llenaron de zozobra á nuestra corte, decidida al fin á conservar la paz á toda costa. Napoleón exigió una resolución terminante, advirtiéndole que la alianza se había hecho contra la Gran Bretaña: díjole que había sido sólo por aquella guerra; respondió que las palabras «en la guerra actual,» empleadas en el artículo, no exceptuaban las que en adelante pudieran originarse con la misma Inglaterra como con cualquiera otra potencia; apeló Godoy en apoyo de su interpretación al hecho de no haberse pedido la cooperación de la España contra ningún otro Estado de la coalición, y el haberse efectuado en la expedición á Portugal por ser de interés común; repuso Beurnonville que si se hubiera alargado la lucha, la obligación era incuestionable; y como se le observase que España no había recibido ofensa alguna de la Inglaterra después de la paz de Amiens, contestó el embajador con altivez que la Francia sí y España era su aliada. Disputóse entonces sobre si el tratado de San Ildefonso era ó no la reproducción del antiguo pacto de



familia, tal como renovarlo podía una república, y el acuerdo hubiera sido imposible si Napoleón no hubiese dado á la cuestión otro giro cortando el altercado con esta pregunta: «Neutral la España entre la Francia y la Inglaterra, ¿qué podría hacer por la primera subsistiendo amiga suya y conservando su carácter de aliada?»

Siendo el deseo capital de la corte de Madrid que su pabellón no apareciese mezclado en la guerra, acogió esta proposición con avidez como un medio que venía dichosamente á salvarla del compromiso de pronunciarse contra la Gran Bretaña sin motivo, ó contra su temible aliada la Francia. Convino fácilmente en el efugio innoble de sustituir el auxilio ostensible con otro que no lo fuese, es decir, en comprar la neutralidad. «El primer cónsul consiente, decía el artículo 3.º del convenio que se ajustó en París (19 de Octubre), que se conviertan las obligaciones impuestas á la España por los tratados que unen á ambas potencias, en un subsidio financiero de seis millones mensuales, que entregará la España á su aliada desde que se renueven las hostilidades hasta el fin de la presente guerra.» La corte de Madrid si reparó en la inconsecuencia que aparecía de rescindir á dinero unas obligaciones que negaba, alegó una teoría diplomática que admite los subsidios dados por una potencia neutral cuando han sido concertados antes del rompimiento de la guerra á que con ellos se ayuda. Pero si se hacían depender del tratado de San Ildefonso, claro es que se reconocía vigente este tratado; y si se atribuían á un contrato posterior, ¿cómo no se reparó que se faltaba á la neutralidad estipulada en Amiens?

Y prescindiendo de eso ¿acaso ligaba también al Portugal el tratado de San Ildefonso para haber obligado á este desventurado pueblo á comprar igualmente con oro su quietud? «Deseando S. M. C., se decía en otro artículo, prevenir todas las dificultades que pudieran originarse respecto de la neutralidad de su territorio, de los sucesos de una guerra eventual entre la república francesa y Portugal, se obliga á hacer que esta última potencia concurra, en virtud de un convenio secreto, con la cantidad de un millón mensual en los términos y

modo especificados en los artículos 4.º y 5.º del presente convenio; y por medio de este subsidio consentirá la Francia la neutralidad de Portugal.» ¡Qué abominable abuso de la fuerza el que cometía Napoleón, y qué degradación tan odiosa la de la corte de Madrid!

«Veo que el príncipe de la Paz, escribía Azara, ha firmado cuantos artículos le ha presentado ferozmente Beurnonville, que son los mismos que yo había rehusado firmar porque en ellos se comprende evidentemente el envilecimiento de la corona, la ruina y disolución total de la monarquía, cosa á que yo no me prestaré nunca mientras respire un aliento de vida, pues creo además que, si un enemigo victorioso capitulase con Madrid en la puerta de Alcalá, no dictaría condiciones más duras ni más humillantes: ese convenio es absurdo, inejecutable; la neutralidad no es posible; mas Bonaparte pide que, pues el príncipe de la Paz ha firmado el convenio autorizado por el rey, quiere que se lleve á efecto sin quitar ni poner una sílaba.» El honrado ministro creyó que no podía negarse á poner su firma al pié de tan humillante convenio; pero hizo en seguida renuncia, aunque pobre, de su embajada.

¡Y si al menos con él se hubiera salvado España de las calamidades que pretendían conjurarse! La Inglaterra, apenas conoció que la guerra era inevitable, llamó otra vez al ministerio á Guillermo Pitt, y este hombre, á quien ha hecho célebre el talento que desplegó su odio á Bonaparte, revolvió á toda Europa contra él en solicitud de una tercera coalición. Quizá promovida, pero al menos protegida por el gobierno inglés, se fraguó al mismo tiempo en Francia una conspiración realista; pero este resorte, en vez de corresponder á sus esperanzas, sirvió para dar el último empuje á la elevación de su enemigo.

Una tentativa malograda contra el cónsul aumenta su fuerza moral; y como él ya estaba en acecho de una coyuntura que le permitiese dar el último paso en la senda de la dictadura que había emprendido el 18 Brumario, hace asesinar por medio de la justicia al duque de Enghien, príncipe de la sangre real, en quien veía un obstáculo á sus miras, y que se le su-



plique, en nombre de la Francia en peligro, ciña sus sienes con la diadema imperial.

La opinión estaba predisuelta á este acontecimiento. El gobierno del cónsul había elevado la Francia á una altura jamás conocida: sus victorias, el restablecimiento de la autoridad, conseguido á su amparo, el orden puesto en la administración, la libertad civil como nunca garantida, el desarrollo de la riqueza pública y de la inteligencia, la tolerancia, el restablecimiento del culto, todo había hecho de Bonaparte un centro de unión para los partidos más encontrados, y su iris de esperanza. La nación, subyugada por su genio, veía en él al heredero de su pasado, el único presente posible y su glorioso porvenir.

Así, cuando se esparció la noticia de su peligro, millares de voces se elevaron de toda la Francia pidiéndole que se erigiese emperador. El senado acogió las exposiciones; los tribunales aprobaron su propuesta; accedió Bonaparte; y el 18 de Mayo de 1804 la Francia entera le proclamó emperador hereditario con el nombre de Napoleón I, á vista de la Europa atónita. Pocos meses después el papa fué llamado á París para derramar sobre aquella cabeza plebeya el santo óleo, y ceñirla con la corona de Carlomagno; espectáculo que debió de enseñar á los pueblos á dudar del derecho divino de los reyes. Napoleón era un simple oficial diez años antes: no hacía más que cuatro que por medio de un atentado se había erigido en dictador: sin embargo, el papa lo consagra, ¡el papa, á quien había arrebatado sus estados y hecho irrisión de su poder! Acontecimientos como este no caen jamás en el seno de la sociedad para perderse: son gérmenes que fecunda el tiempo.

Contrariada por estas circunstancias, la Inglaterra no pudo hallar auxiliares siro en la Rusia, á quien empezaba á amedrentar aquel coloso, y en la Suecia, arrastrada por ella. Sin embargo, Pitt no se abate, y resuelto á llevar á cabo la guerra, se dirige á España pidiéndole su cooperación. La negativa, aunque envuelta en la promesa de un tratado comercial, sólo produce al pronto una reconvencción por el subsidio concedido, aunque no pagado todavía á la Francia; pero tarda poco en manifestarse de otra

manera su venganza. Cuatro fragatas, que venían del Río de la Plata con seis millones de duros, fueron acometidas alevosamente, sin previa declaración de guerra, á la altura del cabo de Santa María por otras cuatro que, mejor prevenidas, consiguieron rendirlas, á excepción de una, que se voló al empezar el ataque. Un regimiento que iba de guarnición á las islas Baleares fué también apresado por los cruceros ingleses. Coincidió con estos muchos otros actos de piratería contra nuestra marina, que procedían de una orden general expedida secretamente por el almirantazgo. Un grito unánime de reprobación se alzó por toda Europa, y hasta en la misma Inglaterra, contra la conducta del ministerio Pitt, quien creyó justificarse diciendo que sólo apresaba los buques para tenerlos en garantía de la neutralidad de España. La orden era echar á pique toda embarcación que no llegase á cien toneladas, quemar las que estuviesen varadas en la costa, y apresar y llevar á Malta todas las que excediesen de cien toneladas de porte.

Entre los contemporáneos hubo algunos que se atrevieron á defender la conducta de la Inglaterra, según las reglas del interés de actualidad; pero la posteridad está en todas partes acorde para condenar aquel acto de vandalismo sin ejemplo. Los mismos historiadores ingleses, aunque exigiendo se reconozca que asistía la justicia á su gobierno en las numerosas quejas, reclamaciones y avisos que dirigió á España, en lo cual convenimos, condenan hoy con noble indignación aquella conducta. «Existiendo todos estos motivos, dice uno, ¿autorizaban un rompimiento sin previa declaración de guerra, cuando permanecía en Madrid el embajador inglés y mientras se seguía una negociación con el fin de aclarar los puntos de disidencia y de remover los motivos de queja que se ventilaban? Esta es la cuestión material; y así sentada, «no hay defensa posible de la conducta de la Inglaterra.» Es muy cierto que una declaración de guerra en aquellas circunstancias hubiese sido un acto de pura forma; es muy cierto que no hubiese sido un cañonazo menos disparado contra las fragatas, y al contrario, su apresamiento hubiera sido desde luego